

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.
DIRECTOR, — PROSPERO CALDERON.

REDACTOR,
CARLOS GAGINI.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M^a).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Acuña (don Ramón).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio)—Barriere (don Manuel)—Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo J.).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos.).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M^a).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Montero B. (don Francisco).—Nates (don Pedro Pablo).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas)—Pacheco (don Otoniel).—Pizarro (don Federico).—Parreño (don Julián).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Rubén).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schoreder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Valenzuela h. (don Antonio).—Viquez (don Faustino).—Vélez R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

Precio de Suscripción.

En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero „ 1-50. „ „
Nos. sueltos, \$ 0-25. Nos. atrasados, \$ 0-50

EPOCA 2^a

NUM. 19.

San José, 20 de Enero de 1891.

Redacción y Admón.

Frente a la oficina de telégrafos.

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

En el album de Nini.

*Alma, luz, estrella, rosa,
maridaje de ave y flor,
caliente beso de amor
de la madre cariñosa;*

*Soñadora sensitiva:
nota tierna, delicada,
húmeda flor de granada
entre la nieve cautiva:*

*¿Qué corazón no se posa
ante tus plantas Nini,
al ver reflejarse en ti
alma, luz, estrella y rosa.*

AQUILEO J. ECHEVERRIA.

1891.

SUMARIO.

EN EL ALBUM DE NINI FERNÁNDEZ, por *Aquileo J. Echeverría*.—MR. DE FREYCINET, por *G. L.*—LOUISETTE, por *Ricardo Jiménez*.—EN EL ALBUM DE ROSITA, por *Francisco Gavidia*.—DE CAZA, por *Carlos Gagini*.—LA JUVENTUD Y LA VEJEZ, por *Vicenta Lafarra de la Cerda*.—SERENATA, por *José Joaquín Palma*.—LITERATURA PATRIA, por *Arturo*.—CRÓNICA POLICROMA, por *Concepción Gimeno de Flaquer*.—NOTAS.

Mr. DE FREYCINET

Nuestro grabado representa á Mr. de Freycinet en el acto de presenciar las grandes maniobras del ejército francés en la frontera belga.

Mr. de Freycinet, hombre civil y Ministro de la Guerra, se presenta al ejército con su modesta levita y es bien recibido de todas las jerarquías militares del ejército. El honrado hombre público que varias veces ha pasado por los ministerios saliendo de ellos con su nombre incólume bien merece la buena acogida que todo el mundo le dispensa.

Tiene significación política la supuesta defensa de un simulado ataque en esa frontera en momentos que el rey Leopoldo II se presta á complacencias con Alemania que hace suponer, ante futuros conflictos, que por esa frontera sea invadida la Francia.

Las maniobras han estado brillantes; la pólvora sin humo ha dado buenos resultados; el nuevo fusil Lebel se ha probado con éxito. & & &

G. L.

LOUISETTE.

MIENTRAS Louissette salía, contemplaba Roberto aquel saloncito de la calle de la Tremoille, número 3, con sus cortinajes de azul pálido, donde él la había conocido dos años antes, alegre, bella y llena de salud. El salón presentaba ese conjunto complicado y heterogéneo que parece ser el sello de esta época fin de siglo. Las sillas eran según el estilo del siglo XVIII, doradas y con marquises y marquesas en la seda clara de los asientos. A los pies de una butaca de valetudinario, venía á dormirse la luz que entraba por una ventana, sobre una piel de oso blanco del polo. Sobre el fondo azul de los muros laterales cuatro tapices: uno, imitación de los flamencos del siglo XVI, cuyo tema era una escena pastoril; y los otros tres, de Aubusson, representaban un paisaje de Venecia, el Tíber y Nápoles; y en el muro que hacía frente á la entrada, una copia de un cuadro de Bouguereau: Venus, dormida sobre las espumas del mar, sin nada otra cosa entre sus carnes de nieve y las aguas azules que el manto de sus cabellos rubios; y llevada por las ondas como lo sería una camelia



la expresión de la vendedora, la mano de marfil enguantada, ante la que se paraban admirados los pasantes, en frente de la vidriera.

Pero ahora, qué horrible mudanza: descarnadas, nudosas, ardientes, inconocibles. De su antigua belleza no conservaba sino la masa de cabellos rubios, que uno diría que era demasiado peso para su cuello descarnado; y sus ojos dulces de esfinge, embellecidos por los ardores de la fiebre.

—Bien cambiada me hallas, ¿no es verdad? Y como Roberto balbuceaba para decirle que no, ella, poniéndole la mano en la boca, le replicó: no mientas, es inútil; yo bien lo sé, pero no me compadezcas. ¿Te acuerdas de lo que te decía una noche, viniendo de una fiesta del otro lado del río, una noche por cierto, lluviosa y triste? Te empeñabas en que tomara algo más que pastillas de clorato comprimido para aquel mi dolor de garganta,—principio de mi mal,—que se iba hoy y volvía dos ó tres días después. Pues bien, eso que pensaba entonces, eso mismo pienso ahora; que morir joven es lo mejor. No hay más que una edad en la vida, la edad de la juventud y la belleza; en

esa edad en que así como con unas cuantas varas de cualquier género y una cinta cualquiera aparecemos encantadoras, según nos lo dicen ustedes, así también con cualquier cosa, una comida, un paseo, una nueva amistad, fabricamos momentos deliciosos que sobrepasan á toda ilusión.

—Pero afirman que la vida tiene placeres en toda edad; y debe de ser así porque vemos que los viejos se agarran desesperadamente á la existencia.

—Sí, y es cosa que no comprendo, decía ella. Para mí esos placeres se parecen á los únicos, los de la juventud, como se parecen las uvas de invernadero á las que brotan de la vid, en la época de la cosecha. Aquellas son buenas para quien antes no ha probado las uvas, para ustedes los extranjeros; pero detestables para quien ha chupado las de los sarmientos, en pleno setiembre, pleno aire y pleno campo. Oh! cuando pienso en que un día habría de hallarme con un diente de menos, ó despertarme con un cabello blanco, ó una arruga en la cara; cuando me pongo á imaginar la impresión que me habría de producir oírme llamar por los nombres belleza marchita, guante viejo, todas mis repugnancias por la muerte se desvanecen; y me hallo satisfecha de irme de la vida á los veinticuatro años, como se van las golondrinas, todavía vigorosas, pasados los días de sol, en que se siente la alegría de vivir, y vienen las brumas y los fríos del invierno.

Roberto veía en aquella indiferencia de Louissette por la muerte, un deseo de darse valor, como los flojos que, yendo solos por la oscuridad, cantan en el silencio de los campos. Se empeñaba en demostrarle que sus

que flotara sobre las hojas de su propio ramo. En un ángulo, un gran jarrón japonés, en cuyo esmalte alternaban flores fantásticas, dragones y mujeres de ojos oblicuos y aire infantil. En otro extremo un grupo de mármol: Eros besando á Psiquis. Por todas partes del salón, multitud de bibelots: puñales raros, retratos en marcos de terciopelo, objetos de marfil, de cristal de Bohemia, esmaltes de Limoges, abanicos japoneses con grullas mediatundas y florescencias extrañas. Y en el centro un enorme vaso de porcelana, de fondo azul y dibujos de oro; y junto á él, agarrándolo con una mano, y medio sentada en el mismo zócalo del vaso, con todo el aspecto de la vida, una egipcia de unos quince años, de tez bronceada, con aretes de oro y grandes ojos negros, una toca blanca y una camisa abierta en el cuello de modo que se veía hasta el fondo la ondulación que separaba sus dos senos de virgen, y bastante corta para que quedara desnuda, á partir de la rodilla, la pierna en que se apoyaba en el suelo, y tras la cual se replegaba, ocultándose, su otra pierna. Aquella fellah de bronce parecía desfallecer de amor y de ensueños tristes, lejos de las riberas del Nilo y bajo la influencia de aquel salón voluptuoso y lánguido.

El aspecto general del salón no había cambiado; pero cuánto cambio en ella! Bastaba verle las manos para sentirse oprimido por el contraste,—aquellas manos, de otro tiempo, turgentes como fruta jugosa en toda su sazón, suaves y perfumadas como un sachet de iris de Florencia, y de contornos tan finos y perfectos que, cuando se probaba guantes en la casa de Levy, en la avenida de la Opera, hacía crisparse de despecho, según

ideas negras eran exageradas; y que su mal tenía aún cura. Ve este invierno á Italia, le decía.

--Ya eso es tarde, contestaba Louissette. Los médicos me lo han dicho. No me hables más de que me apegue á la vida. Si quieres darme placer, ven á verme á menudo, mientras estés en París; y eso me producirá más bien que todas esas drogas que me obligan á fragar cada día. Es verdad que no vienes á París á hacer obras de caridad; aunque sería bueno que las hicieras para compensar todas las locuras de que has de ser culpable.

Y en efecto, Roberto destinaba dos tardes de cada semana para visitar á su amiga. El recuerdo de su antigua amistad y el noble deseo de serle fiel cuando otros habían olvidado el camino de aquella casa, pudieran explicar la asiduidad de sus visitas, pero no el encanto que tuvieran para él, ni la frecuencia con que cualquier incidente, un perfil visto en el Bosque, una frase de una actriz, la noticia de estar enfermo alguien, le traía á la imaginación su rostro demacrado, ó frases suyas inolvidables, ó aquellas cosas que no podía oír sin una piedad y una tristeza indescriptibles.

En cambio ¿qué sentimiento inspiraba él á Louissette? No vino á saberlo sino cuando se despidió de ella, por tener que irse á Londres. Al decirse adiós en aquella última visita, ya de pie, en el umbral de la puerta del salón, desapareció de pronto el ligero tinte encarnado de rosa té que coloraba los pómulos de Louissette, sus manos temblaban y se enfriaron entre las de Roberto, y con un aire desesperado, con una emoción extraña en ella, la mujer reservada é impasible por excelencia, le decía con una voz murmurante y acariciadora como la de nuestros ensueños más imposibles: no me abandones tú también, yo te amo; no hay ahora para mí más que dos placeres: los días despejados y tibios en que puedo ir á tomar aire y sol en el parque Monceaux, y tus visitas. Los días tibios se van, no quieras irte tú también.

Y aquella mujer que jamás había sentido en su alma la obsesión amorosa, y que había pasado por entre las grandes pasiones que desató, sin verse arrastrada por ellas, se sentía ahora sin voluntad en manos del amor, y se agarraba á él con un empuño con que no se asía á la vida; y así, cuando ésta se iba momento por momento y cada vez más disminuía la sangre en su corazón, afluíá á él una nueva savia, una ola tardía de amor.

--No me abandones aún, Roberto; espera á que me dejes dormida para siempre en Montparnasse. Ya ves, no será largo: lo que está la madre al lado del lecho de su hijo, que tiene miedo de dormirse á solas. No te vayas, no te vayas; y al decir esto escondía la cara, toda húmeda de lágrimas, en el hombro de su amigo, como si así lo retuviera, como si así lograra unirse á él de un modo indisoluble, á la manera que lo estaban, enfrente de ellos, Psiquis y Eros, hechos de un solo pedazo de mármol.

RICARDO JIMÉNEZ.

París, Octubre de 1890.

EN EL ALBUM DE ROSITA.

¿ENGO entre manos un asunto, Rosa, con una dulce amiga muy artista, muy rubia y muy hermosa; como no sabes nada de esta cosa extraña, tal vez que te lo diga. Me explicaré. Es mi amada. Hablábamos de amor con esa bella, porque viendo sus labios de granada y hallándome á la luz de su mirada, sólo de amor me gusta hablar con ella. Es tan graciosa, tan artista y pura, y me ve de tal modo que su alma hace que olvide su hermosura; y su hermosura hace olvidar todo. Lo del amor nos tiene el alma loca, y cuando de otro asunto hablar nos toca, como nada hay que acorte estos antojos, cuando de él no tratamos con la boca seguimos discutiendo con los ojos.

Cierto día que nunca he olvidado ni olvidaré, Rosita, tratábamos el tema acostumbrado; de sus ojos temblando estaba fijo, porque ante ella estoy siempre muy cobarde aunque siento indecible regocijo, cuando mi dulce amiga viendo el azul del cielo de la tarde. —qué es el amor?, me dijo.

Oye, Rosita: así como el effluvio que palpita en la luz tibia y radiosa, de la mirada y del cabello rubio despedía el amor aquella hermosa. La estaba yo mirando y no le hablaba, y en vez de contestarle la veía, porque lo que ella á mí me preguntaba ella con sólo verme lo decía. El tiempo que estudió yo en la luz pura de sus ojos, no sé: todo lo ignoro; pues ¿quién el tiempo limitar procura cuando se bebe así tanta hermosura en ojos negros y en cabellos de oro? Rosita, pongo en tu album mis palabras, para que así tu mismo album te diga cada vez que por estas hojas lo abras cómo resuelve la cuestión mi amiga: y si acaso preguntas eso mismo á algún tu amigo como yo soy de ella sepas que tú le sacas de un abismo, con sólo verle así... como mi bella.

Qué es el amor? A hablarla no me atrevo, pero á aquella pregunta que me inquieta, tuve que contestar cuando de nuevo me dijo: dime qué es? no eres poeta? Qué es el amor? ¿y me preguntas eso? qué, ¿no has mirado nunca, no has oído la música indecible de algún beso, la puertecita oscura de algún nido? ¿No soñaste al venir la madrugada, cuando se hincha de ardor el dulce mayo, apretando los párpados cansada, con visiones de luz como de rayo? ¿No sentiste tu pecho de azucena palpitar con violencia ante el cariño con que una madre adoradora y buena la leche de su seno da á su niño? ¿No has visto alguna vez cual se abandona, penetrando á un hogar, tímida y bella, con velo blanco y cándida corona, apoyada á un doncel, una doncella? ¿Nunca oíste decir que inmortaliza ese lazo que al cielo nos sujeta; nada de un Abelardo, una Eloísa, de un tal Romeo y de una tal Julieta? ¿Nada has sabido de un abrazo eterno que formó de dos seres uno solo, que un edén llegó á ser en el infierno estrechando á Francesca y á Paolo? Tú que eres de las almas que bendicen á Dios en su obra; tú, cuando te asomas para ver tu jardín por la ventana,

¿no has querido saber lo que se dicen, hablando con arrullos las palomas calentándose al sol de la mañana? ¿Nada te dijo el broche de una rosa, la rama de algún árbol retorcida, la hoja que tiembla, el aire que la roza, la raíz que hinche la savia, que es la vida, el perfil de la nube que se extiende, el aliento del astro que la inflama, el aire que se agita ó se condensa, el átomo crugiente de la llama, la luz, la tierra, todo lo que piensa, todo lo que hizo Dios, todo lo que ama? Qué es el amor? Pues bien ¿qué es poesía? él te lo ha de decir, que yo no puedo: mientras me estés mirando, hermosa mía, qué te puedo decir... ¿te tengo miedo? Qué es el amor? quieres saberlo? Sea! para dar tu pregunta definida y para oír después lo que Dios crea, vamos juntos los dos... toda la vida!

Rosa, si tú preguntas eso mismo, á algún tu amigo como yo soy de ella, sabe que tú le sacas de un abismo con sólo verle así... como mi bella.

FRANCISCO GAVIDIA.

DE CAZA.

I.

NADA hay comparable á la belleza del paisaje que en este momento estoy contemplando: á mis pies se desliza silenciosamente el río de La Barranca, formando dilatado remanso en cuya linfa se bañan con deleite bandadas de patos silvestres y garzas morenas, á la sombra de los higuerones y guanacastes de las orillas; en la ribera izquierda enriscados cerros dorados por la luz del sol ostentan en el follaje de sus bosques todos los tonos del verde y todos los colores con que se visten las plantas, florecillas azules, rojas y gualdas, hojas cenicientas como las del guarumo, alternando con las menudas y brillantes del pataste ó con las oscuras del mango; del seno de esa selva misteriosa salen en confusa algarabía estentóreos aullidos de congos, graznidos de loros, chillidos, gorjeos y gritos extraños, y sobre su espeso toldo de verdura resaltan á modo de flores aladas innumerables aves de pintado plumaje entre las que se distinguen por sus tintes chillones los guacamayos ó lapas.

La orilla derecha, donde se balla mi observatorio, es una playa de arena fina interrumpida á trechos por matorrales, árboles gigantescos y piedras enormes, y á ella vienen á morir los cacaotales de la hacienda en que estoy hospedado. Para que nada falte á la grandiosidad del cuadro, el Océano cierra el panorama por el Occidente y une su atornador mugido al himno con que la tierra está saludando á la mañana.

Una hora há que con la escopeta al hombro y el morral al costado, discurro por estos encantados lugares sin acertar á disparar un tiro ni atreverme á interrumpir con una nota mortífera el concierto de la naturaleza: á dos varas de mi cabeza ejecutan impunemente las ardillas sus arriesgados ejercicios acrobáticos; las palomas picotean por los senderos del bosque andando á pasos menuditos, y contoneándose como mujeres coquetas; los tucanes posados en los plátanos dirigen hacia mí su mirada estúpida y su pico descomunal, é infinidad de pajarillos cuyos nombres ignoro, saltan confianzudamente en torno mio mirando con más curiosidad

que miedo al intruso que invade sus dominios.

Olvidado por completo del fin que me propuse al venir aquí y arrastrado por irresistible deseo de escribir, me arrojé al pie de un ceibo colosal, extraigo de la cacerina el papel destinado á los tacos y sobre él comienzo á trazar éstos renglones. Una dificultad insuperable detiene á lo mejor mi lápiz: el asunto, el maldito asunto. ¿De qué voy á hablar? ¿Describiré el espléndido paisaje que tengo á la vista, digno de ocupar los pinceles de los mejores pintores del mundo? Libreme Dios de caer en semejante tentación: para obra tan magna es menester la potencia descriptiva de un Pereda ó de un Zola. ¿Volveré los ojos hacia mi querida San José, evocando los mil recuerdos que acuden á mi memoria al pronunciar su nombre? Nó: hace quince días que no recibo noticia alguna de la capital, y sus fiestas, sus cuestiones políticas y religiosas no llegan hasta las soledades en que vivo. Bien podría llenar unos cuantos pliegos relatando á mis lectores las aventuras, un si es no es divertidas de las cacerías que he hecho en días pasados; pero sobre ser ése un tema ya muy manoseado, yo no tengo ni pizca de gracioso y me pondría á peligro de referir insulseces. Hace rato me escarabajea entre ceja y ceja el pensamiento de emborronar estos retazos de papel con una historia que me contó anoche un indio octogenario y que por cierto no carece de interés: las circunstancias de ser rigurosamente exacta y de haber pasado en estos mismos sitios me animan á hacerlo.

Manos á la obra.

II.

Hace ya muchos años, cuando la emprendedora raza blanca no había fijado aún sus reales en estas tierras, señoreadas entonces por los descendientes de los indios mangués, en la margen derecha del río tenía asiento el cacicazgo de Turiaca, el más poderoso de cuantos se repartían la feracísima costa del Pacífico. El cacique, ya muy anciano y carcomido por las enfermedades, cifraba todas sus esperanzas en Teribe, su hijo único, joven de veinticinco años, adorado de sus vasallos y adornado de todas las prendas indispensables en un príncipe de su clase. La flecha certera de Teribe era la primera que derribaba á un enemigo en los combates, la primera también que en la caza rasgaba la marchada piel del tigre ó detenía al venado en su velocísima carrera. Fuerte como un roble, valiente y arrojado como un león, temido y respetado por los caciques vecinos, Teribe era además por su gallarda presencia y hermoso rostro el ángel con quien soñaban las jóvenes turiaqueñas, y no pocas lágrimas vertidas en el silencio de la noche por ojos hermosísimos, reconocían por causa los desdenes del arrogante mancebo. El rostro impacible de Teribe no se animaba sino cuando en compañía de sus amigos hablaba de la guerra ó de la caza: insensible á las amorosas miradas femeninas, frío y reservado con sus amigos, su corazón sólo amaba á tres personas en el mundo: á su padre, á su prima Sula y á Itli, su compañero inseparable de la infancia y depositario de todos sus secretos. En cuanto á su madre, había muerto cuando él contaba apenas dos años.

Itli era el Patrolo de este Aquiles. Contaba poco más ó menos la misma edad y gozaba de gran prestigio en la corte, menos quizá por la intimidad del joven príncipe que por sus propios méritos y relevantes dotes naturales. Siempre juntos corrieron los azares de la guerra, los peligros de la caza y los

placeres de las fiestas; jamás dos hermanos se amaron con tan fraternal afecto.

Sula, prima de Teribe y huérfana de padre y madre, había sido recogida desde muy niña por el viejo cacique y criada por él con todos los miramientos debidos á una hija.

Sula frisaba en los diez y ocho años y estaba en todo el esplendor de su hermosura: tez morena y sonrosada, ojos negrísimo y relampagueantes, cabellos sedosos, facciones finas, formas torneadas, manos y pies diminutos. Cuando sonreía, cosa que acontecía rara vez, brillaban sus dientes aperlados y pequeños como las gotas de rocío que chispean por la mañana en los pétalos de las rosas.

Sula era la prometida de Teribe: así lo habían convenido éste y su padre después que el último recabó el consentimiento de la doncella; pero desde el día en que la boda no fué un secreto para nadie, desde el momento en que se fijó la fecha para verificar la ceremonia, notóse un cambio visible en los dos novios. Desde ese día Sula pasaba horas enteras encerrada en sus habitaciones ó recorriendo sola y melancólica las plantaciones de cacao y los plataneros que circuían el palenque, y Teribe siempre acompañado de Itli inventaba partidas de caza que eran otros tantos pretextos para huir de la morada de su padre.

La conducta de Teribe se explica por la extraña mutación de Sula; pero, ¿qué motivos tenía ésta para esquivar la presencia de su prometido esposo y la compañía de sus amigas? ¿acaso la boda no era de su agrado y se iba á casar sólo por cumplir el mandato de su padre adoptivo? ¿por ventura el cariño que profesaba á Teribe era simplemente amor hermanal que no podía trocarse en pasión avasalladora? Tales eran las preguntas que el afligido Teribe hacía á su fiel Itli esperando hallar alguna solución tranquilizadora á tan dolorosos problemas.

III.

Una mañana en que el sol se había levantado cubierto de nubes plomizas y en que el calor sofocante presagiaba un día tormentoso, se emboscó Teribe en la montaña seguido de diez arqueros de su guardia, deseoso de disipar con las emociones de la caza la intensa melancolía que le abrumaba. Cinco años hacía que amaba frenéticamente á su prima, y aunque tenía esperanzas de ser correspondido, no veía en ella todo el fuego que deseaba, la pasión veheméntísima de la mujer que ama por vez primera. El despego pareció aumentar después de la publicidad del matrimonio sin que Sula en sus conversaciones con el príncipe manifestase repugnancia hacia el proyectado enlace ni dejase escapar una sola palabra que pudiera lastimar al que había sido su hermano é iba á ser su esposo. Vanas habían sido cuantas diligencias hiciera Teribe para poner en claro el misterio: sus pesquisas se estrellaban ante la serenidad de Sula y la regularidad de sus acciones. El pobre joven acabó por creer que todo provenía del temperamento de su prima ó que su corazón no había aún despertado al verdadero amor. Pero ¿quién puede sondear confiado un corazón de mujer? La ansiedad de Teribe hizo apresurar algunos días la boda, y así el día que hablábamos atrás era la antevíspera del señalado para la ceremonia.

El príncipe, pesaroso de que Itli no hubiese podido acompañarle á la cacería por hallarse indispuerto, y sin tener á quien comunicar sus pesares, alejó á sus fieles soldados

que aprovecharon la licencia para matar algunas reses, y se internó en la espesura errando por espacio de dos horas sin armar una sola vez el arco y concretándose á responder con un silbido particular á los que lanzaban de cuando en cuando sus servidores para no separarse demasiado de su persona.

Insensiblemente se había ido acercando Teribe á las inmediaciones de Turiaca: estaría apenas á una milla de la población, cuando de pronto en lo más espeso de un matorral creyó percibir un ruido. Acercóse cautelosamente; pero al pasar una enredadera que servía de toldo al bosquecillo, escuchó claramente un débil chasquido que no podía confundirse con ningún otro rumor y que le dejó suspenso un breve instante.

Lo que había sonado era un beso.

Lleno de curiosidad entreabrió el príncipe los cortinajes de verdura y miró hacia adentro; mas retrocedió casi instantáneamente reprimiendo un grito y con el rostro densamente pálido; rápido como el rayo armó el arco, y poniendo en él una aguda flecha y apuntando con ojos encarnizados hacia el bosque, disparó. Un ¡ay! desgarrado resonó en la espesura coincidiendo con dos silbidos que lanzó el príncipe; y un segundo después apareció al través de los bejucos como siervo perseguido por los perros un hombre con el horror y la desesperación pintados en el rostro, llevando una azagoya levantada en actitud de herir. Era Itli. Por el boquete que al salir abrió en la cortina de enredaderas, se divisaba un cuerpo sangriento tendido sobre la yerba del bosquecillo. Era una mujer, era Sula; la flecha de Teribe le había partido el corazón.

Cuando el amigo perfidioso se halló frente á frente del amigo engañado que aguardaba cruzado de brazos é inmóvil y frío como una estatua, el arma se desprendió de su mano y se quedó petrificado sin acertar á articular palabra. Teribe sonrió. Al mismo tiempo salieron de la selva por varios puntos los soldados del príncipe que acudían al llamamiento de su señor.

“¡Amarrad á ese hombre!” dijo serenamente Teribe. Los soldados cumplieron la orden sin encontrar resistencia. “¡Leña!” añadió volviéndose á los servidores que no habían tomado parte en la prisión de Itli.

Diez minutos después, durante los cuales nadie despegó los labios, una especie de altar formado de troncos se elevaba en el centro del bosquecillo y al lado del cadáver de Sula. A una señal de Teribe clavaron los soldados un madero en el centro de la pira y á él ataron fuertemente á Itli. Entonces pasó una cosa espantosa: Teribe recogió el cuerpo de su prometida y llevándolo en brazos lo tendió sobre el montón de leña á los pies de Itli; y tomando enseguida un palo que un guerrero había encendido ludiendo dos ramas secas, lo aplicó con mano firme á la pira. Cuando las llamas envolvían el cuerpo inanimado de Itli y el cadáver de Sula, los servidores del príncipe que asistían mudos y horrorizados á la tremenda escena, le vieron con semblante sereno y cruzado de brazos contemplando el chisporroteo de la llama, y le oyeron pronunciar con voz fuerte y sombría estas dos únicas palabras: “¡traidores! ¡traidores!”

IV.

¿Qué fué del desgraciado Teribe? Nadie lo supo nunca. Sus guardias refirieron que después de haber consumado su venganza les envió á todos á Turiaca y se quedó solo en el lugar de la escena. Teribe no vol-

vió á parecer. ¿Se precipitó acaso en el río ó en algún abismo de la montaña? ¿fué á refugiarse en algún país distante? ¿perecería devorado por las fieras? Nadie pudo contestar jamás á esas preguntas.

Desde aquel día fatal ningún cazador volvió á penetrar en la selva donde pasó la horrible tragedia; y desde entonces también, cuando la noche cubre con sus negras alas el dormido bosque, se percibe un débil resplandor en sus misteriosas profundidades y por todos sus ámbitos se escucha una voz ronca y sombría que grita incesantemente: "¡traidores! traidores!"

C. GAGINI.

La Barranca, 10 de Enero de 1891.

LA JUVENTUD Y LA VEJEZ.

—MADRE: qué es ilusión?

—Una mentira

que nos hace sufrir y padecer.

—¿Sufrir y padecer? no lo comprendo; eso, no puede ser.

—¿Te parece un absurdo?

—Madre mía,

me parece una gran contradicción.

—Es que tú no comprendes los misterios que encierra el corazón.

—Yo sé que sin hermosas ilusiones sería muy difícil existir.

—Pero ignoras, mi bien, que el desengaño nos puede hacer morir.

Y como la ilusión es un ensueño que un leve soplo puede disipar, es preciso que sepas, ángel mío, cuán triste es despertar

—Yo sueño en muchas cosas halagüeñas....

—Sueñas en un ideal.

[Y en el amor.]

En la dulce amistad y en los festines, y nunca en el dolor.

—Pues ¿ya ves? No padezco.

—Te equivocas.

—No puede ser; soy muy feliz, mamá.

—Se franca; no has sentido muchas veces que la ilusión se vá;

que deja en tu redor hondo vacío y que ansiosa deseas alcanzar algo que se evapora y se disipa?

—¿Por Dios, me haces llorar!

—No me interrumpas; dime, no has sentido que en medio del festín y del placer te sorprende una angustia indefinible que te hace padecer?

que entonces quieres regresar á casa y encontrarte en la muda soledad, sola con tu ilusión? No te acongojes son cosas de tu edad.

—Pero ¿cómo adivinas?

—Soy anciana

y lo que sientes tú, lo sentí yo:

el tiempo vuela y deja la experiencia de la edad que pasó. . . .

Por eso sé que lo ilusión más bella á todo el que fascina hace llorar; porque pasa veloz como un estruendo Y es triste despertar. . . .

—¿Por Dios, no hables así te lo suplico! lo que dices oprime el corazón.

—Se oprime más al ver desvanecida la brillante ilusión.

Entonces, se blanquean los cabellos, la vida nos parece un mar de hiel; todo, todo se ve color de tumba y la congoja es cruel.

Casi se agota el manantial del llanto, y en medio de la negra decepción, si solemos llorar, vierten los ojos sangre del corazón.

—Pero la sangre es roja, madre mía, y el llanto cristalino y sin color.

—Pues serán esas lágrimas ardientes la esencia del dolor.

Lo cierto es que al brotar, el alma hieren, y las arterias abrasando van, como chispas de fuego desprendidas de un oculto volcán.

Esas chispas corrieron por mis venas; convulsa y delirante me reí.

Al perder la ilusión llorar quería, y en ronca carcajada prorrumpí.

Así se llora cuando se disipa como un ensueño la ilusión fugaz, que al hundirse en las sombras del pasado roba la dulce paz.

—Pero eso, no es vivir.

—¿Oh, si, se vive como vive el arbusto en el panteón, que siente en ese alcázar de los muertos la furia del turbión;

como vive la flor amarillenta que vulgarmente llaman *inmortal*, y casi siempre adorna silenciosa el mármol sepulcral.

—¿Ay, madre! no me robes la ventura! soy muy joven y veo el porvenir palpitando en un cielo de ilusiones que no me hacen sufrir.

¿Por Dios! no las disipes, son tan bellas! Si estoy soñando, dájame soñar. Recuerda dulce, madre, que me has dicho que es triste despertar.

¿Deja que sueñe! ¡soy tan venturosa contemplando mi célica ilusión! ella adormece con sus alas de ángel mi joven corazón.

—Duerme. . . ! y que nunca el frío desencanto venga y te diga: *estq es la realidad!*

—Qué ha de venir! tus tristes aprehensiones son cosas de la edad.

VICENTA LAPARRA DE LA CERDA.

Guatemala, Octubre 19 de 1890.

MI CAMPAMENTO.

Señor Redactor de "Costa Rica Ilustrada."

La Frontera 1^o de Noviembre de 1890.

COMO miembro de de la comisión de límites entre Nicaragua y Costa Rica, más de una vez he tenido la tentación de separar una foja de mi libro de notas para ocupar con ellas una página de la interesante revista que Ud. actualmente redacta; pero mis ocupaciones han sido tan complejas que hasta hoy me es posible hacer foco sobre un asunto determinado. Fácil será comprender que después de varios meses de vivir en esta región tan lluviosa, mi ortografía se halle sumamente oxidada, por lo cual le suplico que corrija estas mis notas antes de llevarlas á la imprenta, y así, lejos de degenerar en mi modo de escribir, apareceré mejorado con su estilo gramatical y correcto.

La descripción de un simple campamento es por demás sencilla: un rancho de palma para la cocina y depósito de víveres, tres carpas de manta, barnizadas con cera y aceite, para los dormitorios; y una tienda de campaña que abriga los instrumentos: eso es todo. Pero si dirigimos la vista al redor nuestro el aspecto varía: la sencillez se reemplaza con una vegetación exuberante y lujosa, y la pobreza de mi campamento es neutralizada con mil encantos naturales. Dos arroyos de agua pura y cristalina constituyen las arterias de la loma en que está situada la vivienda; ambas vertientes nacen en la loma y van á confundirse con las aguas del Pacífico, la una echándose en brazos del río del "Naranja," y la otra en los del "Conventillos." Cuando el sol comienza á dorar los horizontes, las fuentecillas parecen misteriosas; una multitud de pájaros se disputan el placer de ser cada uno el primero en saludar al nuevo día con sus cantos melodiosos, distinguiéndose en primera línea las notas melifluas y siempre seductoras del *pitoreal*, que es de plumaje modesto y habita en la oscuridad de los matorrales, tratando al parecer de ocultar así sus méritos de artista consumado. Estos habitantes alados de la selva de seguro serían en absoluto felices, si de cuando en cuando algún gavilancillo no sacase con ellos la tripa de mal año.

Es difícil encontrar un escrito que trate de los bosques tropicales y no presente al lector dos ó tres tigres y leones de uñas afiladas, que desempeñan el papel de policías nocturnos, aunque con peores intenciones que la de los salteadores de caminos. Me habría gustado oír el rugido de una de estas fieras; pero ni siquiera sus huellas aparecen por los alrededores; hasta los reptiles venenosos, que tanto abundan en otras localidades semejantes, jamás se arrastran en presencia nuestra. En cambio, los venados, los jabalís y grandes bandadas de pavas, nos suministran cada día carne abundante y sabrosa. Los monos son tantos y tan graciosos que sin otro entretenimiento, ellos serían capaces de distra-

er el mal humor con sus continuas piruetas y su mala crianza: la especie más pequeña no debiera llamarse cara blanca, porque no la tiene blanca sino amarillenta, y su tamaño es mucho más pequeño, que el de la que habita nuestra meseta central; los colorados siempre son los mismos y los *congos* dan al viento sus voces estridentes desde la cima de los cerros. La malacrianza de los monitos pequeños se revela en la costumbre que tienen de arrojar ramas secas sobre los transeuntes; los colorados derraman su líquido asqueroso sin decir á los peones "agua va" y los congos dejan caer cierta sustancia que "no huele á rosas sino á otras cosas."

Un entomólogo pasaría aquí la gran vida, porque abundan los insectos, con excepción de los mosquitos, bocones, jejenes y zancudos. La familia de las hormigas es tan numerosa que puede llegar hasta un centenar de especies; sin dificultad podrían colectarse simultáneamente las que habitan la región seca y arenosa de la costa y las peculiares á las tierras húmedas del Sapoá. En todas direcciones se cruzan caminos espaciosos, por donde transitan las arrieras, siempre cargadas con pedazos de hojas, que en la generalidad de los casos superan en tamaño y peso á la arriera misma. Grandes ejércitos de *guerreadoras* atraviesan el desmonte, marchando constantemente en columna cerrada y devorando, como Atila y sus soldados, todo sér viviente que se presenta á su vista; mas en esa lucha constante de la vida por la vida, las hormigas pierden una buena parte de soldados, oficiales y jefes de cabeza blanca, pues hay dos tribus de pájaros tan golosos como vengadores de ofensas, que se las engullen por millares hasta saciar su apetito.

Las *balas*, esos gigantes de color negruzco y abdomen velludo, caminan siempre solas, su andar es espacioso, de cuando en cuando se detienen, y ¡ay del que les haga algún ultraje! porque desenvainan su aguijón venenoso y en un abrir y cerrar de ojos dejan al ofensor con un palmo de narices; la gente les tiene tanto miedo que las parten donde quiera que una se presenta; por lo que á mí me toca, les permito que recorran tranquilamente los alrededores de mi cama, pues su carácter sumiso y nada provocativo ha captado mis simpatías y afianzado la buena idea que siempre he tenido de individuos cuyo único defecto consiste en no dejarse agraviar injustamente.

Si mencionáramos el tapir, coyote, gato melero, chulumuco, armadillo, tepezcuinte, guatusa, oso hormiguero, pisote, martilla, los búhos y el rey de los zopilotes, tendríamos un rico y económico jardín zoológico, complementado con un museo de curiosidades indígenas, pues un arqueólogo que viniera á visitarnos, se vería en su elemento, recogiendo por todas partes pedazos de vasijas de barro, dibujadas con ese primor que los antiguos indígenas del Guanacaste, sabían imprimir á sus diversos utensilios.

Pasemos ahora al mirador y estoy seguro de que el menos impresionable se quedará sorprendido por la esplendidez de todo lo que se observa en contorno de un solo punto, colocado sobre la línea divisoria y que dista apenas cinco mil seiscientos metros de

las playas del Pacífico. Al Norte se presenta el volcán de Omotepe, de forma cónica, con su base sumergida en las aguas dulces del Gran Lago; caminando hacia el Este se ve el cerro de Madera, la vertiente toda del Sapoá y una extensa superficie líquida á donde van á perderse las aguas de la cñenca. Al Sudeste, se divisa la habitación del resguardo de la Cruz, la oficina telegráfica, la hacienda del Amo, la de las Animas, y sus potreros de pasto natural, formando gracioso contraste con el escarpado volcán de Orosí, que constituye el fondo de la decoración. Para concluir recorramos del Sur al Occidente y encontraremos la bahía de Salinas, con todos sus detalles, y la ensenada que forma la bahía Elena, hasta la punta del Papagallo. Finalmente, imaginaos un ambiente puro y fresco, con una temperatura de veintidós grados centígrados y á lo lejos la inmensidad del Océano adornado con ese cúmulo de nubecillas tentadoras, cuyos cambiantes hacen á los poetas manchar millares de cuartillas de papel y así tendréis una pálida descripción de mi campamento actual.

A. ALFARO.

SERENATA.

Duerme entre tanto
que yo te velo, duermes,
que yo te canto.

ZORRILLA.

I.

Aun puedo, señora, llegar á tus rejas;
aun puedo tu sueño de esposa arrullar,
fingiendo en el arpa susurros y quejas
de tórtolas tristes, de alegres abejas,
allá entre las ramas del verde encinar.

Yo sé que sientes la cantinela
que en la alta noche gimiendo vuela
entre perdidas notas de amor;
yo sé que vives con lo que riela;
yo sé que sueñas con selvas verdes
do salta el ave de flor en flor;
que mucho viajas y allá te pierdes
entre celajes de albo color.

Ya del arpa se exhalan
blandas canciones.
"Abre las celosías
de tus balcones,"
y el aura grata
llevará á tus oídos
mi serenata.

Para arrullar tu sueño, gentil señora,
yo tengo los acordes de guzla mora
que bajo tiendas nómades en Mauritania oí;
y de paloma viuda la voz que llora
y el sollozar indígena del tierno *harari*.
Yo tengo los gorgoros de filomena;
del trovador cruzado la cantilena,
y los susurros rítmicos de agreste colibrí;
mas no despiertes, dama garrida,
que en esta noche limpia y serena
al dulce sueño todo convida.

Duerme entre tanto
que yo te velo, duermes,
que yo te canto.

II.

El viento de la noche me dice tantas cosas!
Revérame el misterio que envuelve á cada sér;
me cuenta lo que sueñan las blancas mariposas;
me dice cómo se abren los lirios y las rosas
del alba de oro y nácar al dulce amanecer.

Me dice cómo el hada de la fortuna
escondida en un tenue rayo de luna
enseñosa á las damas viene á inspirar;
cómo las notas, una por una,
ruedan formando tierno cantar
en los cristales de la laguna
del blanco cisne que va á espirar.

Me dice cuál los silfos
soñando amores,
con sus alas aéreas
cubren las flores;

y las infieles
cómo los envenenan
dándoles mieles.

Pues bien, de esas extrañas, lindas consejas,
yo formaré cantares junto á tus rejas
que en armoniosas ráfagas tu sueño arrullarán;
yo imitaré los ruidos de las abejas,
y los suspiros lánguidos del céfiro galán.
Que es bello en la alta noche fresca y calmosa
del trovador insomne á la cantiga hermosa
sentir cómo los párpados desfalleciendo van.....
¡Dime, qué sueñas, gentil cubana,
mientras se pierde mi voz quejosa
en los cristales de tu ventana?

Duerme entre tanto
que yo te velo, duermes,
que yo te canto.

III.

¡No miras en tus sueños el palmenar cubano,
ceñido por los astros del cielo tropical,
bañado por las brisas del Golfo mexicano,
surgiendo de las ondas del fervido oceano
como chinampa henchida de flores y coral?

Qué bella es Cuba con sus jardines,
con sus *tojoses* y *tomaguines*
que son esmaltes del mes de Abril:
los *jazmineros* con sus jazmines
llenan el aire tibio y brillante,
con su perfume suave y sutil,
y la palmera fresca y sonante
luce su tallo verde y gentil.

Qué bella es nuestra tierra
con sus plantíos,
con sus lagos azules
y undosos ríos!

Sus gemidoras cañas
son arpas melancólicas
de sus montañas!

Per, es con sus encantos de aromas y azahares
vestal envilecida sin fuego y sin altares,
que luce sobre el túlamo de lúbrico festín
brazaleta de perlas, áureos collares,
aneho y dorado cíngulo y ajado faldellín.
Ahogada en el deleite de la caliente orgía,
no sueña ya su estéril y ebriosa fantasía
con la bandera fulgida que tremoló en Tunín....

Pero tú duermes, dama discreta,
y no percibes la melodía
que llorando recuerdos canta el poeta.

Duerme entre tanto
que yo te velo, duermes,
que yo te canto.

IV.

Para formar tu aliento, gentil señora,
trajo una Peri dentro un zafir,
la esencia pura, fascinadora,
de tulipanes negros de Angora
y de claveles blancos de Izmir.

Tu voz inefable de blanda ternura,
parece que llora profunda tristeza,
parece que roba su queja al bulbul;
y finge tu talle de airosa esbelteza,
flexible pimpollo de tierno abedul.

Ostentan tus plantas pequeñas, de niño,
sútiles cual olas flotantes de tul,
la fácil y alada gentil ligereza
que muestran surcando los cisnes de armiño
las aguas de un lago tranquilo y azul.

Vibra en tus lindos ojos
la luz febea,
y en tus labios se cuaja
la miel hiblea;
cuando sonrías
vuelan en torno tuyo
los colibríes.

Tu seno es un copo de espuma turgente
qua bajo de la gasa sedena y transparente
se mueve en ondas fáciles de suave ondulación;
y guarda allá en su fondo, de amor entre el ambiente
como una perla fúlgida tu hermoso corazón.

Tienes el aire de mingreliana.....
mas si se pierden en tu ventana
del trovador romántico suspiros y canción
á qué cantarte, dama garrida?.....
y á más, la noche fresca y galana
al dulce sueño sólo convida.

Duerme entre tanto
que yo te velo, duermes,
que yo te canto.

J. J. PALMA.

LITERATURA PATRIA.

Hacer de la literatura una palanca que preste impulso á la humanidad en su marcha progresiva. — he ahí lo que está reservado á América, si quiere tener una literatura que le sea propia.

Torres Caicedo.—*Ensayos biográficos.*

AMÉRICA es la patria de las grandes esperanzas, es la fuente de los ideales sublimes, de las inspiraciones grandiosas. Sus montañas gigantescas, en cuyas cimas brilla perpetuamente el carámbano; sus bosques seculares, donde habitan el tigre y el león y cantan en coro celestial mil pájaros de arpadas gargantas, sus ríos impetuosos, cuyas corrientes arrastran arenas de oro y llevan á las ciudades el movimiento y la vida de la exuberante naturaleza; con sus océanos que ora amenazan con sus tempestades implacables, ora arrullan y enamoran con sus olas tímidas y humildes que llegan á espirar en la alfombrada playa ó la musgosa roca; todo ese conjunto maravilloso y sublime, no imaginado ni comprendido jamás por ningún sabio del mundo antes del "visionario Colón," está llamando al criterio de los sabios y al numen de los poetas para que hagan de tanto elemento manantial de progreso y de bienestar para la humanidad; al sabio para que le utilice, y al poeta para que cante en estrofas inmortales las maravillas de la naturaleza paradisíaca, creando una literatura que armonice con tan peregrina grandeza. Por todas partes se ve, se oye, se siente esa voz, ese llamamiento general: y á él han respondido inteligencias como las de Bello y Caldas, Heredia, Baralt, Valle y otros más que nos han legado como gloria imperecedera, monumentos de sabiduría y de belleza, conocimientos y verdades que utilizamos cada día en nuestras necesidades físicas y morales.

Pero esto no basta: para Centro América, sobre todo, donde las ciencias y las artes han vivido durante largos años en lastimoso abandono; aquí donde la ciencia se había limitado á un reducido número de conocimientos sin trascendencia social, y el arte se manifestaba en versos melancólicos y enfermos que contrastan con esta naturaleza americana donde todo respira salud y vida, donde reina una perpetua primavera y una alegría eterna que hacen imposibles los suspiros y los sollozos. Esto no quiere decir que no hayamos tenido cultivadores de nota en el campo de la idea y del sentimiento. Allí está José Cecilio del Valle, el de las meditaciones profundas y vuelo de Aguila; José Batres Montúfar, el de la lira de cuerdas de oro y notas de zenzontle americano; Antonio José de Irisarri, el literato eximio y crítico eminente, que constituyen por sí solos nuestro orgullo y nuestra gloria. Pero la obra está empezada. Hacer de todos esos elementos que forman la naturaleza americana, elementos de progreso y de bienestar para la humanidad, es la obra propia de los america-

nos, es y debe ser el fin de las ciencias y las artes en el Nuevo Mundo, como dice el sabio.

Si volvemos los ojos al seno de la sociedad, encontramos allí también un asunto propio de los americanos; un cuadro tétrico y sombrío formado por los vicios que nos legara el coloniaje y que nos lleva á consideraciones profundas. Hay una lucha incansante en que á veces la sombra sofoca la luz y el vicio ahoga la virtud, faltando así, á las leyes generales del progreso. La raza indígena, sumida en la barbarie por el látigo del conquistador, ha perdido la conciencia de su propia personalidad, ha olvidado en absoluto la tradición gloriosa de sus épicas batallas en defensa del principio luminoso de soberanía nacional, ha renunciado tácitamente descorazonada, á los imprescriptibles é irrenunciables derechos del ciudadano; y sobre la raza indígena se levanta orgullosa, pero enferma de excepticismo y de indiferentismo la clase inteligente formada por los que han visitado y visitan aún las aulas. Se presenta, pues, un cuadro capaz de aterrar á los que no tienen fe en los triunfos de la democracia, á los que no tienen fe en los triunfos de la justicia, á los que no tienen fe en los triunfos del derecho; pero que, para quien lleva puesta la inteligencia en el porvenir y anida fe y esperanza en el corazón, ese cuadro es una obra completa, un bosquejo, temible si quereis, pero que debe concluirse ó corregirse un día.

Hay, pues, otro llamamiento á la inteligencia, al cual responden en primer término y sobre todos nuestros pensadores y nuestros artistas: la filosofía alta y profunda de Juan José Samayoa, y la inspiración sublime y patriótica de Francisco Antonio Gavidia. Quien estudie "El Hombre Libre," quien lea los versos y artículos de Gavidia "En el Centenario de Bolívar," "El Combate Secular," "A Centro América," "A Armodio," "Estudio sobre la idea de Dios," los artículos sobre asociaciones y tantos otros como andan por ahí en las columnas de los periódicos de la capital, debe comprender al momento que hay en todo ello un sentimiento patriótico de alta trascendencia social. Ah! los versos de Gavidia ora tienen la nota magistral y aterradora de Núñez de Arce, ora la entonación sublime y grandiosa de Quintana; ya semejan lluvia que fecunda el corazón de las multitudes, ya la tempestad que se desencadena sobre las injusticias de los hombres.

Bernal, Velado, Bertis, Castañeda, Acosta y otros más, desempeñan también papel importantísimo en la obra común, en la labor intelectual. Y en corroboración de lo dicho, Acosta acaba de dar á luz su "Lira Joven" y Castañeda sus "Estudios y artículos literarios," frutos ambos de la tarea periodística que entre nosotros es la gran escuela de quien aspira al manejo de la pluma. En seguida vendrán las "Cartas Amorosas" de Gavidia, que darán á conocer á nuestro poeta, por esa otra face brillante de la literatura moderna, la novela, que completará las condiciones que en nuestros tiempos debe tener una verdadera personalidad literaria. Los fragmentos de esta novela publicados por su autor en el "Repertorio" revelan el mérito de la obra.

Hay por ahí también otro joven de inspiración levantada, de principios sanos y trascendentes, de alma noble y generosa, que ha publicado hace poco en Santa Ana, una obra de grande aliento: me refiero á Ismael Cerna y á su drama "La Penitenciaría de Guatemala." Este será objeto de otro artículo y por eso no he de extenderme más por ahora; la obra exige un estudio especial y ya lo haremos aunque él sea superior á nuestras aptitudes.

Apuntamos, pues, este nuevo paso de la literatura salvadoreña: á la obra ligera y efímera de la prensa periodística, va sustituyendo la obra seria del libro; á los cansados versos eróticos, van sobreponiéndose la oda, el drama, la novela. La labor literaria es ya una ocupación formal, oficio de hombres de bien, profesión honrosa y noble como en todo pueblo culto y civilizado. Esto es progresar

ARTURO.

Nueva San Salvador, Octubre de 1890.

CRONICA POLICROMA

Apertura del Teatro Real.—La Reina en Rumanía.—Los niños abandonados.—Influencia de la música.—Arte culinario.—Glotones célebres.—La aristocracia se democratiza.—Noticias teatrales.

LA apertura del teatro Real suele ser siempre anunciadora del movimiento social de Madrid, pero en este año no sucederá así, por que el no haber regresado á la corte, y el temor á la viruela, enemigo formidable para la mujer, han hecho que la aristocracia prolongue su expedición veraniega.

Se ha inaugurado la temporada lírica con una ópera nueva en España, el *Otello* de Verdi. Estrenóse en Milán en Febrero de 1887, y al siguiente año la cantó en México Gianini, volviola á cantar Tamagno en 1889. Así es que los mexicanos han podido admirar el vigor de la obra escrita por el sexagenario compositor, antes que los madrileños.

El *Otello* de Verdi ocupará mucho á los críticos; en la primera audición el público no ha pronunciado su fallo, habiendo permanecido en benévola actitud expectante, imitando lo que hace Romero Robledo con el Gobierno según dice graciosamente un periódico.

Hallábanse en el regio coliseo Arrieta, Barbieri y Chapí: los *dilettanti* bebían los vientos por oír algún comentario lanzado por tan infalible triunvirato. Los maestros españoles estuvieron reservados, aunque sin escatimar aplausos en el dúo de amor y en la mayor parte de los números del acto tercero.

Interpretó el papel de Otello, Durot, artista notable, que posee correcto fraseo y un juego de garganta sorprendente; su acento dramático es muy enérgico.

La Tetraxini es una *prima donna* excelente: no es fácil ver Desdémona mejor que ella. Pasión, inocencia, amargura, todo lo finge con naturalidad esta gran actriz que canta como el zenzontle de los vírgenes bosques americanos.

Dijo el Ave María con acento verdaderamente místico y supo morir como la mejor trágica.

Battistini ha estudiado perfectamente el tipo de Yago: venganza, rencor, alevosía, todos esos terribles sentimientos que se enroscan en el corazón cual sierpes venenosas, fueron correctamente interpretados por el hábil barítono maestro en el *bel canto*.

Los demás artistas estuvieron acertados: la orquesta intachable, los coros armónicos y los pintores escenógrafos Bussato y Fontana á gran altura.

Felicitemos al conde de Michelena por la esplendidez con que ha presentado la obra.

Asistieron á la representación, la bella esposa del señor Presidente del Consejo y las elegantes damas duquesa de Osuna, madame Bauer, condesa de Muguero, princesa de Civitella-Cesi, marquesa de Aguiar, duquesa de Tetuán, condesa de San Luis, marquesa de Oliva, marquesa de Roncali, condesa de Romree, marquesa de Villamejor, vizcondesa de Irueste, condesa de Michelena, Alonso Martínez, Laa, Rute, Sanchiz, Manso, Silvela, Valera, Ulloa y muchas otras.

La reina de Rumania, tan ventajosamente conocida en los círculos literios, con el nombre de Carmen Silva, esa encantadora reina capaz de hacer apostatar con su ameno trato al más furibundo republicano, prepara un nuevo libro sobre Escocia. En estos momentos se halla visitando los monumentos y paisajes de aquella hermosa isla británica.

La ilustre escritora nació á orillas del poético Rin, que ha dado origen á tantas leyendas, y su prodigiosa imaginación posee el carácter fantástico de los hijos de aquellas riberas. La bella reina escribe de un modo franco, fácil y valiente: en un artículo en que se dirige á los hombres rufutándoles la rutinaria preocupación de la debilidad de la mujer, le dice: *Debe la mujer resistir al amor, sufrir los dolores del parto, dividir con vosotros las penas, educar los hijos, dirigir la vida doméstica, ser bella, eternamente bella, amable y buena y jos atreveréis á hablar de su debilidad!*

La reina de Rumania es virtuosa, sencilla y tierna; no pertenece al tipo de la *bas bleu* ó pedante; modesta á pesar de su alta posición social y su gran talento, jamás humilla en su conversación á los seres inferiores á ella.

Despiértase la piedad hacia los niños abandonados: hora era ya. El distinguido médico Tolosa Latour, tan ilustrado en ciencias médicas como en bellas letras, ha iniciado la protección moral á los niños abandonados. Las damas de la aristocracia española habíanles dado albergue, traje y alimento: el doctor Tolosa Latour aspira á más, y para realizar su noble propósito, ha salido para Amberes, tomando parte en el Congreso que se celebrará allí, para fijar las bases de una escuela modelo, en donde se estudie la ciencia de educar á los niños abandonados, despertándoles sentimientos tiernos y pensamientos elevados, es decir: formándoles al propio tiempo que el criterio el corazón. Nada más interesante que los niños, alborada de la vida, esperanzas del mañana, rientes promesas de lo porvenir.

En sus cerebros podeis grabar con caracteres indelebles toda idea de justicia y probidad, por que sus cerebros hállanse dis-

puestos á recibir las inspiraciones generosas.

Los filósofos y pensadores tienen el deber de dar buen desarrollo á las facultades psicológicas del niño.

**

La música, que tiene el poder de suavizar en unos pueblos las costumbres salvajes; la música, que mitiga la ferocidad generalmente, es en algunos pueblos incentivo que despierta bélico furor. El famoso explorador Stanley ha observado que en el África Central la música equivale á grito de combate. En su obra titulada *En las tinieblas de Africa*, expone sus estudios sobre la influencia de la música en los salvajes; despréndese de los argumentos del explorador que la música irrita el temperamento de aquellos africanos hasta el punto de inducirlos á la batalla.

Curioso es observar que mientras en unos pueblos la música es emanación directa del alma, efluvio de la sensibilidad, vago acento de lo inexplicable y misterioso; que mientras la música prepara el alma de ciertos seres al fervor religioso, exaspera á otros hasta el punto de ponerles arma homicida en las manos.

La antropología es un libro que tiene que aumentar sus páginas diariamente.

**

El arte culinario va á sobrepujar á las bellas artes, pues ha tomado un vuelo alarmante; hoy se verifican exposiciones, se dan conferencias, se escriben libros y se publican periódicos, para averiguar la manera de condimentar mejor los alimentos. Un cocinero de nuestros días tiene en las casas ricas sueldo de ministro español. El cocinero de un banquero suele ser más ilustrado que él, por que sabe química y otros excesos.

Las intrigas de Estado se fraguan entre un pastel de liebre y un pavo *troufee*.

Brillat Savarin ha crecido en importancia de un modo prodigioso: antes, cuando uno estaba inapetente, revolvía la farmacopea; hoy consulta las máximas de Savarin, más suculentas para el gastrónomo que las máximas de Séneca. Un *menú* ha llegado á ser asunto trascendental.

**

Conociáanse como glotones célebres á Heliogábalo, Lúculo, Creso, á Carlos V de Alemania y á los Luises XIV, XV y XVI; en nuestra época los *goumandes* y *gourmeux* famosos na podrian contarse. Los mejores discursos de Castelar han sido pronunciados después de un banquete opiparo; el compositor Manuel Caballero ha creado sus mejores armonías después de haber cenado en casa de Lhardy.

**

El Baron Kunt, que pertenece á la antigua nobleza dinamarquesa, sobrino del Embajador de Dinamarca en Viena, se ha hecho empresario de una compañía ecuestre.

El Barón es rico, no le ha impulsado la idea del lucro; ha sido un capricho: halágale verse entre acróbatas como á otros nobles verse entre toreros.

Dicen que la compañía del Barón es excelente, formándose de funámbulos, acróbatas y prestidigitadores: lo raro del caso es que el Baron presenta en redondel á los ca-

ballos que ha domesticado, porque es un gran domador.

Decididamente, la aristocracia se democratiza.

**

En los teatros reina gran animación, aunque no ha regresado todavía la Corte: en el teatro Real se ha presentado la Sembrich cantando *Lucía de Lamermoor*, habiendo causado gran entusiasmo.

Mario sigue en la Comedia, centro del buen tono, dando obras correctamente presentadas; la representación de *Marcela ó cual de las tres* (la mejor obra de Bretón) ha sido un triunfo para lo Compañía. Mario estuvo admirable. Julia Martínez interesante y Sánchez de León nos presentó un poeta romántico delicioso.

María Tubau, sigue deleitando á sus admiradores.

La dote de luz en Lara, no ha dotado á la empresa; la zarzuela *Pimentilla* carece de sal y pimienta, y *El dogal al cuello* que está en ensayo, hay temor que se convierta en dogal del público: ignórase el nombre del autor.

CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER.

Madrid, 13 de Octubre de 1890.

NOTAS,

HOY engalanamos las columnas de nuestra revista con el precioso artículo "Louisett," escrito por el distinguido literato don Ricardo Jiménez. Creemos que con nosotros se alegrarán por ello nuestros lectores.

A nuestro amigo el Lic. Jiménez, presentamos nuestros agradecimientos por el honor que ha dispensado á nuestro periódico y le suplicamos robe algunos momentos á sus ocupaciones y nos proporcione el placer que hoy.

POR haberse publicado con muchos errores el bonito artículo "Mi Campamento" del amigo Alfaro, nos vemos en el deber de reproducirlo hoy.

HEMOS recibido atenta tarjeta en la que nuestro estimado amigo el Doctor don Antonio Valenzuela y su estimable hija María Teresa nos participan su viaje á la República de Guatemala.

Deseamos á tan distinguidas personas un feliz viaje y que no olviden que por acá dejan amigos que han sabido apreciar sus bellas prendas personales.

CON el presente número empieza "Costa Rica Ilustrada" su tercer trimestre.

Suplicamos á los agentes, para evitar que ellos desembolsen dinero para pagar por los suscritores que no lo hacen, se sirvan pasar el correspondiente recibo al empezar el trimestre. Así pueden desde el principio ver quienes no pagan y borrarlos de la lista.